

Humor:

Diario de una expedición científica a las zonas más remotas de mi jardín

A. Spiderman

Sábado, 8:00 a.m.

Sábado, 9:00 a.m.

Sábado, 9.15 a.m.

Con arreglo al retraso previsto el grupo expedicionario se ha reunido en el rellano de la escalera. Ante la mirada desconfiada de la portera del inmueble -D^a Ricarda, mujer de agrio carácter y genio endiablado a la que los vecinos sólo soportamos porque ya se encontraba aquí antes de construirse el inmueble-, uno tras otro, han ido llegando los componentes del safari.

El objetivo: desentrañar algunos de los misterios zoológicos mejor guardados del jardín de mi urbanización.

Los componentes: A. Borobio, catedrático de lombricultura de la Universidad Nacional y especialista en gusarapos (invertebrados extinguidos hace 100 millones de años, aunque ninguno de nosotros se haya atrevido a comentarlo para evitar darle un disgusto innecesario); Otto Brumer, miembro del gabinete consultivo para asuntos animales del Naturhistorischen Museum, donde ha conseguido que un grupo de ratas de cloaca haga el trabajo de oficina y la liquidación anual del presupuesto y en libertad provisional por 104 delitos de fraude científico, aunque él insiste en que las pruebas son puramente circunstanciales; Josejoaquín Gomezlópez, futbolista y coleccionista de batracios, hombre de gran llegada al área y escaso acierto rematador a consecuencia de sus problemas con la bebida y ataques epilépticos en los momentos claves; y yo mismo, dueño de uno de los pisitos de la urbanización, organizador de la expedición, infatigable viajero, hombre de palabra, diligente hijo, amante padre y fiel esposo de lunes a viernes. Ah, y especialista en invertebrados carnívoros.

La idea, madurada durante varios meses y financiada por el CSIC (que nos regaló las cantimploras) y el Banco para el Progreso Económico de sus Accionistas (mediante un préstamo sin garantía pero con rehenes), consiste en adentrarnos en las zonas menos visitadas del jardín de la urbanización 'Ciudad Colmena III'. Un lugar inhóspito, donde apenas se descubre vida humana, jamás hollado por equipo científico alguno y donde, según rumores que ahora pretendemos comprobar, habitan algunas especies muy interesantes para la ciencia. Los doctores Borobio y Otto Brumer pretenden tomar muestras de todos los animales que quepan en los recipientes que han traído, siempre que no corran el riesgo de ser mordidos. José Joaquín, por su parte, viene de acompañante mientras se recupera de una lesión en la rodilla que le impide retornar a la práctica de ese deporte viril para el que, en palabras de sus familiares, amigos y entrenador, tan poco dotado está. Por mi parte, intentaré encontrar algún ejemplar de *Horripantia sanguinolenta*, un enorme piojo devorador de ardillas, roedores y otros pequeños mamíferos a los que suele poner la zancadilla para luego golpearles en la nuca con un objeto pesado o estrangularlos. Es un insecto propio de las zonas más profundas de las selvas inexploradas de Sudamérica y sólo ha sido citado en una ocasión por el Dr. Gustavo Dka (en mitad de una borrachera, según las malas lenguas) y su presencia en nuestra urbanización sería todo un hallazgo. Sin embargo, algunos indicios así parecen afirmarlo. Stallone, mi perro, un doberman del tamaño de un armario ropero con un humor sólo comparable al de D^a Ricarda y al que, a pesar de todo, tengo gran cariño, debió extraviarse en una de las escapadas por la urbanización hace unas semanas. En un principio, nos temimos lo peor: tendríamos que comprarle otro gato nuevo a nuestra vecina.

Pero transcurrían los días y Stallone no daba señales de vida. Por fin, una mañana lo encontramos bajo el hueco de la escalera. Aparentemente se encontraba bien -sólo algunos rasguños en el cuello y un golpe en una de sus enormes patas-, pero su carácter había cambiado. El pobre bicho lloriqueaba continuamente y parecía francamente aterrorizado por cualquier cosa. Pensamos que todo ello se debía a algún tipo de experiencia traumática que había hecho de él un animal cobarde y asustadizo, sin fuerzas ni ganas de despellejar más gatos. Nuestro sicólogo familiar no pudo llegar a ninguna conclusión definitiva (cuando se recuperó del ataque de risa). Comentando el caso con el Dr. Otto se ofreció a hipnotizar a Stallone y darnos una explicación del misterio. Así lo hicimos y tras una larga sesión en la que Otto se encerró con Stallone, el Dr. nos mostró un tosco dibujo en el que se adivinaba la figura de un animal. Según el doctor, la figura era obra de Stallone, en trance. La imagen apenas tiene parecido con nada, pero fueron las heridas de Stallone las que me permitieron atar cabos y vincularlas a la típica forma de ataque de Horripantia.

Es muy posible que a pesar de nuestras sospechas algunas mentes estrechas y poco dotadas para la ciencia se estén preguntando en estos momentos qué sentido tiene efectuar la exploración de una zona urbana, previsiblemente muy deteriorada y tal vez abarrotada de signos y rastros orgánicos de determinadas actividades humanas y caninas de carácter fisiológico. Isabel la Católica tuvo que soportar durante largos meses las risas entre dientes de su esposo -Don Fernando- cuando se enteró de que ésta había entregado todos sus ahorros a un tal Colón que inmediatamente después había desaparecido y del que hacía muchos meses que no se tenían noticias. También Felisa Martínez hubo de sufrir la burla de su esposo a consecuencia de su costumbre de mirar todas las noches bajo la cama antes de acostarse hasta que apareció la boa fugada del zoo y se zampó a éste. Como ellas, nosotros somos conscientes de nuestro deber científico y asumimos el reto de lo desconocido. Nada tiene que ver el hecho de que lo ignorado esté a 10.000 kilómetros o al doblar la esquina. El deber de un investigador es fijarse un reto: rellenar una mancha blanca del mapa, completar la tabla de elementos, llegar a fin de mes con el escuálido sueldo de un investigador científico. La ciencia está también en las cosas pequeñas, en los rincones cercanos, en nuestro propio organismo. Actualmente, los miembros del Instituto Tecnológico Avanzado Rouen Malkovich, de Praga, centran todos sus esfuerzos en descubrir quién fue Rouen Malkovich. El Departamento de Psicociencias de Nuremberg no consigue dar con el gracioso que utiliza todas las noches el Acelerador de Partículas Atómicas para secarse el pelo. El astrónomo Fildéing Esellpower no consigue convencer a su esposa de que trabaja por las noches. Todas estas cuestiones, son también ciencia. Y la Biología no es una excepción. A. Melkusky capturó, en 1992, el primer leopardo europeo de jardín. Tardó mucho en convencer a la comunidad científica de la validez del extraordinario hallazgo. Incluso su propia esposa lo puso en duda afirmando que, en realidad, se trataba de Rayitas, el gato familiar, aunque más tarde se vino abajo y reconoció su error a raíz de que el ejemplar fuera vendido al zoo por la bonita cantidad de 16 millones de pesetas. Muchos otros ejemplos pueden ponerse. La Pulga Gigante de Borneo (*Shifanopterus giganteus*, emparentada con *Horripantia*) fue descrita tras aparecer inopinadamente en el dormitorio de los McClure en un hotel de cinco estrellas en Nueva York, y ser abatida a tiros en un ataque de celos del marido que confundió las intenciones del animal. Y qué decir de Gilda, la mona amaestrada del Circo Continental y

el escandaloso romance que mantuvo con el catedrático de ética de la Universidad Nacional a Distancia. Por éstas y otras muchas razones, decidimos poner en marcha la expedición.

Sábado, 10.05 a.m.

Revisado nuestro equipo, echamos las mochilas y bolsas al hombro y emprendemos la marcha. D^a Ricarda respira aliviada al ver cómo nos alejamos no sin antes increparnos por pisar la zona recién fregada. Apenas salimos del edificio, penetramos en el jardín. Enormes setos decorativos de más de un metro de alto lo circundan y aquí y allá se dejan ver algunos pinos y otros árboles de aspecto amenazador. Tal vez una señal de lo que se avecina. Algunos indígenas intentan darnos ánimos en la zona donde termina el césped.

Sábado, 11.10 a.m.

Junto a la piscina, hemos hecho un alto para descansar y reponer fuerzas. Al Prof. Otto le encantan los embutidos españoles y da buena cuenta de algunos de ellos, bien regados con vino de la tierra, cerveza y vodka, aunque - y no será éste el único problema de la expedición- hemos olvidado el hielo en el campamento de salida. José Joaquín se ofreció a ir a buscarlo, pero no estamos muy seguros de si sabrá llegar a través del jardín o si D^a Ricarda le dejará pasar. No serán éstas las últimas dificultades de nuestra aventura hacia lo desconocido.

Sábado, 12.00 a.m.

Es mediodía. El calor es insuportable. La camisa se pega a nuestros cuerpos sudorosos y nos incomoda. A pesar de todo, no nos las quitamos. En esa zona están presentes algunas especies de avispas que pueden resultar peligrosas. Sería un desastre padecer un percance ahora que ya llevamos recorrido casi la mitad del camino. Alejandro nos confiesa que también ha olvidado el botiquín de primeros auxilios y que ha traído, en su lugar, el maletín de maquillaje de su esposa, inútil en esos casos. Recemos por que no se produzcan accidentes.

Sábado, 13.06 d.m.

La vegetación se espesa por momentos. Gruesos matorrales de hierbas con flores asoman aquí y allá y dificultan nuestro avance. Otto, un poco aturdido por los licores se ha golpeado en la cabeza con un muro. Al parecer iba agachado persiguiendo algún insecto y no se ha dado cuenta del muro hasta que ha recuperado el conocimiento tras la conmoción. Le hemos hecho un vendaje provisional con los calcetines de repuesto que llevaba en la mochila. La moral no está muy alta, así que hemos decidido tomarnos unos momentos de descanso y preparar la comida bajo la sombra de un gran árbol. Tras preparar el mantel, cubiertos y demás útiles, el Prof. Borobio nos confiesa un poco avergonzado que también ha olvidado la comida. Así que lo hemos mandado al bar, a por algo para saciar nuestro apetito. A base de patatas fritas, pistachos y unos botellines de whisky, ginebra y coñac que siempre llevo encima para estas ocasiones, nos han dado las 2 y cinco minutos.

Sábado, 2.05 d.m.

Acabamos de comer. Hemos decidido dejar que baje un poco el sofocante calor antes de continuar y echar una bien merecida siesta. Yo he aprovechado para revisar mi guía ilustrada de invertebrados e irme familiarizando con las costumbres de Horripantía. En la página 78 he descubierto que en realidad se trata de un manual para hacer punto de canastilla de mi esposa. Los críos han debido gastarme una pequeña broma. A lo lejos me ha parecido divisar un gran animal arrastrándose como una lombriz. Debe tratarse de Stallone que todavía se resiente de sus complejos. A José Joaquín lo ha despertado una feroz araña peluda de más de un centímetro, así que ha recogido sus cosas y se ha marchado a casa. Siempre habíamos sospechado que se

trataba de una persona débil de carácter, sin inquietudes científicas ni amor por la aventura, además de un pésimo futbolista. Ahora que él se ha marchado, iremos más deprisa.

Sábado, 5.31 d.m.

No hay forma de despertar a Otto. Duerme como un lirón y esto nos está retrasando. La noche puede echarse encima en cualquier momento y la zona de destino no es conocida. Temo por la seguridad de la expedición. Sin víveres, reducidos a tres personas (dos, si consideramos que el Dr. Brumer está trompa perdido) y ya un poco desanimados corremos el riesgo de caer en alguna trampa, o ser atacados por alguna fiera.

Sábado, 6.22 d.m.

Hemos tenido que cargar con Otto hasta la piscina, donde lo hemos tirado. Por fin parece que se ha despejado aunque no deja de farfullar palabras ininteligibles en alemán que nadie comprende. Reiniciamos la marcha.

Sábado, 6:35 d.m.

Inesperadamente, hemos topado con un cartel publicitario. Decía: 'Aquí se construirá Ciudad Colmena IV. Un sueño al que incluso un infeliz como vd. puede aspirar'. Nos preguntamos qué será de estas tierras cuando el progreso las alcance. ¿Qué derecho tenemos a contruir piscinas y pizzerías allá donde la Naturaleza es fértil dueña y señora? Pero un grito desgarrador nos saca de estos melancólicos pensamientos: Otto se ha sentado encima de un cardo. ¿Quién sabe? Tal vez el último ejemplar de esa especie de Cardus. Apesadumbrados continuamos la marcha.

Sábado, 7.10 d.m.

Por fin arribamos a nuestro destino. No hay nada de particular, así que nos volvemos a casa, a ver el fútbol que debe estar a punto de comenzar.

La decepción que nos invade es compensada por la satisfacción del deber cumplido. Así se forjan los avances científicos: en el éxito, pero también en el fracaso. Hoy sabemos que es imposible hacer funcionar un automóvil sólo con chokolatinas, pero para ello, fue necesario que Conrad Brauer hiciera polvo el motor de su coche. ¿Y si hubiera funcionado?

Sábado, 10:00 d.m.

No han ido muy bien las cosas en el partido. El Barcelona sólo ha conseguido empatar en el último momento gracias a un soberbio gol del colegiado a centro del linier.

Sábado, 11:49 d.m.

Miro debajo de la cama (la boa del zoo ha vuelto a escaparse). Sólo está Stallone, que me mira con ojos aterrorizados y se esconde bajo la alfombra. Pobre diablo.

Sábado, 11:59:59 d.m.

Zzzzzzzzz